

RECONSTRUIR



Reportaje póstumo a Albert Camus

Contiene además:

EDITORIAL

Las próximas elecciones.

GUILLERMO SAVLOFF

Pedagogía y cambio social.

JORGE BALLESTEROS

Delincuencia y sindicalismo en los Estados Unidos

"POLEMICA"

Sobre problemas Sudamericanos.

"ARCHIVO"

Hacia la unidad sindical de Africa.

"ANTOLOGIA"

Landauer.

"LO CONTEMPORANEO"

Ciencia, técnica y puerilidad.

4

Sobre problemas sudamericanos

Carta de GASTON LEVAL

He leído con cierta angustia el artículo publicado en el número 2 de esta revista, con el título de *La tragedia del petróleo latinoamericano*. Y digo con angustia, porque, a pesar de la advertencia contenida en la declaración del grupo editor, este artículo, impresionante por las informaciones al parecer objetivas que contiene, ha ido precedido, en nuestra prensa anarquista, por artículos de la misma clase, y probablemente, de no ahondarse más las cosas, irá seguido por otros, lo cual desvirtuará por completo el pensamiento libertario y desorientará nuestro movimiento.

Los que me conocen, o me han leído desde hace años, saben que siempre me he ocupado de problemas económicos internacionales. Y lo que ocurre con relación al petróleo no me escapa, como no me escapa lo que ocurre con relación a elementos mucho más importantes de la vida moderna. Pero considero que es falsear por completo el planteamiento y la búsqueda de soluciones a la cuestión social, política, económica, incluso en el orden capitalista actual, verlo todo a través de las actuaciones de las compañías petrolíferas norteamericanas, o de la Royal Dutch. Demasiadas gentes creen que, cuando están en posesión de algunos elementos que se refieren a este problema, saben todo cuanto hay que saber.

Durante los doce años que residí en la República Argentina, he observado y reflexionado sobre los problemas de la América indolatina. Era ya un sesgo adquirido atribuir todos los males al "imperialismo yanqui". Todos los partidos políticos, especialmente los de derecha y los nacionalistas, a los cuales había que añadir, naturalmente, el partido comunista, vociferaban de continuo contra "los bárbaros del Norte", y la explotación del odio al extranjero, sobre todo si es rico, tiene siempre éxito para quien sabe entregarse a ella. Entonces compañero, Francisco Bendicente, profesor de economía, me hizo observar —pues yo estaba inclinado a escuchar favorablemente las acusaciones contra el capitalismo extranjero— que sin este capitalismo no se habría constituido lo que de moderno había en la misma Argentina, y en todos los otros países de habla hispano-portugués. Que los puertos, los ferrocarriles, la explotación de las minas, los frigoríficos, que condicionaban el nacimiento a una economía del siglo diecinueve, y del siglo veinte, habían sido posibles gracias al aporte de los capitales exteriores, sin lo cual los que tanto gritaban estarían aún en el estado social de sus antepasados.

Estudí detenidamente estas realidades, y rápidamente me convencí de que mi amigo tenía razón. Y se convencerá quien desee, por encima de la demagogia acompañada o no de estadísticas, buscar la verdad con el objeto de orientarse lo más certeramente posible.

A las mismas conclusiones llegué en cuanto a la inestabilidad política que caracterizaba a esas naciones. Todo derrumbamiento violento de gobierno, todo pronunciamiento, toda toma del poder hecha por un coronel que derrumbaba a un general, el cual era poco después derrumbado por un partido político, al que derrumbaba otro coronel u otro general era obra de la Standard Oil. Pero ocurría que a veces tenían lugar en un año, dos, tres, hasta cuatro (caso de Bolivia) tomas violentas del poder por las fracciones en lucha. Y pensar que a cada vez se trataba de una fechoría de la Standard Oil llegó a parecerme ridículo. Quien conoce, aunque sea someramente, la historia de la América indolatina

desde su descubrimiento, sabe que mucho antes de que el petróleo apareciese en la vida de los pueblos, esos hechos eran corrientes, y que no fué culpa de las compañías extranjeras si existió el tirano López, o Rosas el degollador.

Es indudable que el capitalismo "extranjero" tiene en esa región de la tierra una gran influencia. Pero ante todo convendría preguntarse por qué la tiene. Si no me equivoco, la América indolatina fué poblada al mismo tiempo que la del Norte. Tuvo por consiguiente tanto tiempo como los Estados Unidos para desarrollar su economía. ¿Por qué no lo hizo? Pues en los siglos dieciséis, diecisiete, dieciocho incluso, el capitalismo extranjero no impidió a los emigrantes instalados en las tierras conquistadas, desarrollar una riqueza propia. Nadie impidió crear industrias derivadas de los productos de la agricultura y de la cría de ganado, ni una industria siderúrgica con las formidables reservas de hierro del Brasil, con el estaño de Bolivia, con el cobre de Chile. Nadie impidió desarrollar el cultivo y la fabricación del caucho en distintas naciones de América del Centro, nadie impidió empezar a tiempo la explotación del petróleo, o de otros recursos minerales contenidos en el subsuelo. ¿Por qué hubieron de ser los ingleses quienes organizaron los frigoríficos, por qué hubo de pedir Sarmiento a Inglaterra y a los Estados Unidos capitales y técnicos para construir ferrocarriles?

Me perdonarán los nacionalistas argentinos, pero cuando estuve en su país, observé que la proporción de estudiantes para ingenieros era incomparablemente menos elevada que la de abogados, y otras profesiones que nada tenían que ver con el desarrollo de la riqueza de su país. Lo mismo ha ocurrido —¿no ocurre todavía?— en las otras naciones centro y sudamericanas; lo mismo ocurre también en naciones como la India, y otras que, actualmente, están emancipándose políticamente, y donde el estudiantado, que representa las posibilidades de modernización, tiende más a las profesiones parasitarias que a las que han de modernizar la agricultura y la industria.

Además, hasta los mismos ingenieros me parecían preferir, en la mayoría de los casos, los puestos burocráticos a los que han de permitir la emancipación nacional de carácter económico.

Otro problema. Es característico de las clases ricas de las naciones mencionadas —y no solamente de ellas— no arriesgar su dinero en empresas nuevas, en iniciativas económicas creadoras. Estas clases, en la Argentina como en Chile, en Bolivia, como en Honduras, en Cuba como en Colombia han conservado la vieja costumbre de los terratenientes españoles que han importado, al emigrar, sus modos de comportamiento. Quedan en la esfera de la economía primitiva: la explotación de la tierra, tan a menudo adquirida por el despojo de los indígenas, y de los colonos arrendatarios, instalados en ella. De lo que Marx llamaba la "acumulación primitiva", términos que tomamos por su estricto sentido económico, podía nacer la segunda fase de la evolución económica. Los capitales financieros acumulados permitían, y han de permitir una evolución progresiva. Pero es costumbre de esas clases guardar celosamente el dinero así ganado, y no arriesgarlo en empresas económicas nuevas. Como es costumbre, de parte de los poseedores de minas, explotadas a la llegada de los españoles, con la muerte de millones de indios, gastar su dinero en París y otras capitales extranjeras, en francachelas y banquetes de multimillonarios, en casinos de juegos y otros lugares de divertimento.

Es también costumbre de esas clases, y de las clases intermedias, vivir al margen de todo sentido de responsabilidad social. Cuando el gobierno de un país centro o sudamericano lanza un empréstito, o cuando una empresa capita-

lista, aplicando los métodos inevitables en régimen capitalista, hace lo mismo para sufragar obras de fomento, creación de industrias nuevas, no se halla la décima parte del dinero necesario. Este duerme en las cajas fuertes, en los bancos, o es prestado al veinte, treinta, o cuarenta por ciento, en forma usuraria. Así los municipios no pueden hallar los medios necesarios para emprender obras edilicias, construir hospitales o perfeccionar las obras urbanas.

Tal es el caso general de América del Sur. Puede que el camino tomado por otras naciones empiece a seguirse, pero hasta ahora es en escala absolutamente insuficiente. En las naciones industriales europeas se calcula que por lo menos el veinte por ciento de la renta nacional debe invertirse regularmente, bajo forma de empréstitos a los que contribuyen todas las clases, en el mejoramiento de la economía. Tal ocurre en Alemania occidental, cuyo renacimiento prodigioso tiene así, en gran parte, su explicación. Seguro estoy de que esos capitales "nacionales" aportados en las naciones indolatinas de América no representan la décima parte. Probablemente, mucho menos.

Aquí está la razón principal de la intervención del capitalismo extranjero. Hay que buscar fuera, como hizo Sarmiento, lo que no se encuentra en el interior. La consecuencia es, naturalmente, una cierta dominación que no explica todos los males, que incluso puede tener aspectos benéficos (¿qué sería de esos países sin puertos, ferrocarriles, o electricidad?), pero que, con razón o sin ella, sirve de pretexto al cultivo del odio al extranjero, excelente derivado para las cóleras populares.

Los problemas esenciales de Latinoamérica, se hallan ante todo en ella misma. Indudablemente cada una de estas naciones está en condiciones de inferioridad en cuanto a posibilidades económicas. No ignoro que los Estados Unidos se han colocado en ventaja por recursos económicos complementarios formidables, que han permitido a la vez provocar nacimientos industriales y un desarrollo agrícola formidable, y por posibilidades de medios de transporte, ferroviario y fluvial de que carecen por ejemplo Bolivia, el Perú, Chile o el Paraguay. Pero al mismo tiempo ha tenido enorme importancia el espíritu democrático, que no sólo ha dado el derecho de voto a todos los ciudadanos, y hecho adoptar una Declaración de Derechos en ciertos aspectos más amplia que la de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de Francia, sino la posibilidad de acceso a la propiedad agraria a todos, o casi todos los ciudadanos, que ha impedido el predominio de los terratenientes, facilitando así una cierta democratización de la riqueza. Por cierto, no ignoro los aspectos crueles de ese capitalismo, pero es falsear la historia ver sólo esos aspectos, sin recordar una contraparte que se busca en vano desde Méjico hasta Tierra del Fuego.

Quitad el petróleo, que tanto sirvió de explicación a los espíritus superficiales para explicar el ascenso de Perón como para explicar su derrumbamiento, y ¿creéis que no habrá en las naciones centro y sudamericanas más golpes de Estado, más pronunciamientos, más explotación desmedida de los colonos arrendatarios, de la población india, de los negros del Brasil? Aun admitiendo que el artículo de O'Connor contenga parte de verdad, ¿no es claro que esto no constituye sino un aspecto del problema total de los países considerados, y que su solución no puede provenir sino de un cambio de actitud general de la población de esos países, especialmente del comportamiento de las clases responsables, de toda la economía, de los terratenientes, de los capitalistas que se limitan a vender materias primas en lugar de arriesgarse a fabricar artículos y productos industriales, de la gente rica que puede incorporar su es-

fuerzo al de toda la nación, de los gobernantes que se venden, o de los que no se venden, pero son incapaces?

La Argentina se encuentra hoy frente a dos problemas tremendos. Por una parte, ha creído poder seguir vendiendo sus productos agrarios a buen precio, y con el excedente por ellos proporcionado seguir comprando máquinas, vehículos, petróleo incluso. Pero ocurre que las naciones que compraban esos productos necesitan cada vez menos comprarlos: ocurre que —es algo que se olvida demasiado— estamos en un mundo capitalista, donde las naciones se hacen competencia, y que Europa produce cada vez más trigo, carne, maíz, y que Australia, Nueva Zelandia, Africa del Sur (también rival de Chile por el cobre) ofrecen mercaderías similares a precios inferiores. Ocurre que, al evolucionar, las naciones del centro de Africa ofrecen café en competencia con Cuba y el Brasil, ocurre que los Estados Unidos tienen reservas formidables de productos agrícolas, reservas que se les reprocha no distribuir gratuitamente a las poblaciones hambrientas del mundo por una parte, y que se les reprocha distribuir, por otra (la Argentina y el Canadá se particularizan en estos reproches, porque hacen, al obrar así, una "competencia desleal", e impiden vender los productos de la Argentina y del Canadá...)

Estamos en régimen capitalista, y convendría volver a centrar los problemas sobre estos temas esenciales en lugar de extraviarse por los caminos del nacionalismo y del antiextranjerismo. La imposibilidad de vender sus productos como consecuencia de la estructura capitalista del mundo es uno de los problemas nuevos de la Argentina. El otro es el formidable factor demográfico. El ritmo de aumento demográfico de América del Sur es uno de los más rápidos del mundo. Pero si el ritmo de aumento de la producción —de toda la producción— no camina a la par, el nivel de vida de cada individuo baja forzosamente. Tal ocurre en casi todas las naciones llamadas subdesarrolladas. Tal ocurre en la Argentina. El no haber desarrollado a tiempo una economía integracionista en la medida en que era posible hacerlo, trae ahora estas consecuencias. La formidable aglomeración de la población en las urbes donde no hay industrias suficientes da como resultado por una parte el aumento de la burocracia oficial y no oficial, por otra la multiplicación de los intermediarios. En fin, el exceso de mano de obra llamada industrial con relación a la producción posible, ocasiona el precio elevado de los productos, y una parte mínima de bienes de consumo de origen industrial por habitante.

Cuando leo que hay en la Argentina 300.000 ferroviarios, tanto como en Francia, para un tráfico de viajeros y mercaderías que no debe alcanzar la cuarta parte del de Francia, no necesito ir a orillas del Plata para saber que los ferrocarriles son deficitarios, y que el Estado debe, después de la nacionalización, saldar el déficit gracias al dinero cobrado bajo forma de impuestos. O de empréstitos al extranjero, mal que pese a unos u otros. Cuando leo que hay en la región bonaerense 300.000 metalúrgicos, no dudo de que, en ese país falto de hierro y carbón, y que por no poder exportar bastante no puede importar lo necesario para, como hace Italia, desarrollar una industria siderúrgica y metalúrgica importante, las usinas que existen no producen, por trabajador, la tercera parte de lo que producen las de Inglaterra, Bélgica, Francia o Alemania.

Existe, indudablemente, una fatalidad económica creada por los recursos naturales de cada país (las riquezas al parecer recientemente descubiertas del subsuelo argentino quedan aun por probar experimentalmente, en su calidad y su importancia). Pero existe también factores humanos que a menudo desem-

peñan un papel de primera magnitud. Decir a los argentinos que les convendría limitar la tasa de nacimientos por cierto tiempo es correr el riengo de pasar por idiota. Tal es, sin embargo, la verdad. Un país puede no tener más de 77 habitantes por kilómetro cuadrado, y ser pobre (caso de la Argentina) y otro tener doscientos, y ser rico (caso de Alemania occidental).

Frente a todos estos factores, el petróleo, el imperialismo extranjero, la Standard Oil son poca cosa, y nuestro deber es estudiar el conjunto de la realidad económico-social, psicológica e histórica en su conjunto, en toda su amplitud. Supongamos que mañana la energía atómica destrone el petróleo —y ya, ante nuevas fuentes de energía, se prevé una disminución en ciertas partes del mundo—, los problemas sociales seguirán siendo los mismos, con muy pocas variantes, en esos países que todo lo atribuyen a las compañías petroleras. Siempre habrá una población en excesivo desarrollo, un problema de la tierra, y de la propiedad de la tierra, del reparto de sus bienes, de la utilización de las posibilidades económicas eliminando lo más posible el interés usurario de los propietarios y los capitalistas, de intercambios internacionales más fáciles gracias a una solidaridad más desarrollada. Es por este rumbo, en el cual cada uno de los que estudian pueden aportar elementos complementarios, que debemos encaminar nuestro esfuerzo. Una cosa es el periodismo, o la demagogia, o la agitación superficial, o el análisis fragmentario de un problema como el que hace O'Connor, otra la sociología que abarca todos los aspectos de un problema, o se esfuerza por hacerlo. Así desarrollaremos un pensamiento válido, y una acción válida por consecuencia. De otro modo, no haremos sino ir al remolque de un neomarxismo insubstancial y desviador.

Respuesta de GERARDO ANDUJAR

Como miembro del Consejo de Redacción de "Reconstruir", creo conveniente que las afirmaciones del compañero Gastón Leval reciban una respuesta, ya que a través de las palabras iniciales de su trabajo aparecemos todos sus integrantes prácticamente censurados por fomentar o tolerar "desvirtuaciones" del pensamiento libertario que pueden llegar a desorientar a nuestro movimiento. Tal vez sea innecesario aclarar que responder a las afirmaciones del compañero Leval no significa ningún ataque a su persona, que merece el mayor respeto por su larga trayectoria en beneficio de nuestro movimiento. Pero el artículo que nos ha enviado encierra una cantidad de implicaciones que no pueden quedar flotando en el aire.

1. No se qué pensamiento libertario puede sentirse desvirtuado por el artículo de O'Connor. O'Connor no es libertario ni el Consejo de Redacción publicó su artículo como si lo fuera. El artículo de O'Connor tiene algunas conclusiones finales de carácter "revolucionario-reformista" con las que el Consejo de Redacción no está de acuerdo. Eso no invalida la documentada exposición de O'Connor sobre el problema del petróleo latinoamericano. Tampoco está el Consejo de Redacción de acuerdo con las conclusiones del artículo sobre "El concepto gandhiano de los problemas laborales" publicado en el mismo número de "Reconstruir", pero lo publicó por entender que se trataba de una documentada exposición del profesor Punekar sobre el tema. Leval pretende, al parecer, que por haber publicado un artículo sobre el petróleo latinoamericano, "Reconstruir" corre peligro de suscribir interpretaciones fragmentarias sobre el problema latinoamericano, o de querer explicarlo a través de los manejos de la Royal Dutch y la Standard Oil, o de "ir a remolque de un neomarxismo in-

sustancial y desviador". Sin embargo, no se ha preocupado por señalar que, publicando el artículo de Punekar, por ejemplo, corríamos peligro de salir predicando una conciliación de clases al estilo gandhiano, o de verlo todo a través de los problemas del trabajo, o de ir a remolque de un gandhismo insustancial y desviador.

2. Por eso, y por lo que se desprende del artículo de Leval, parece correcto deducir que lo que a él le molesta es la posición antiimperialista que asume O'Connor en su artículo. Al respecto, conviene que sepa que los integrantes del Consejo de Redacción de "Reconstruir" también tenemos una posición antiimperialista, si bien no sabemos si los fundamentos de la misma son iguales que los de O'Connor. Y al respecto conviene decir algo. Cuando en este país gobernaba Perón, "Reconstruir" (que entonces era un periódico) estaba contra su régimen, lo mismo que los conservadores y los liberales argentinos. Pero los motivos de la oposición eran distintos, y nadie se engañaba al respecto. Además los motivos eran lo que realmente importaba. Por ejemplo, si los conservadores eran contrarios al régimen peronista porque creían que despojaba a los capitalistas en beneficio de los obreros, los anarquistas lo éramos porque creíamos que distraía al movimiento obrero, con su demagogia superficial, de la verdadera lucha anticapitalista. Y no hablemos del problema de la libertad, que ha preocupado muy poco a los conservadores en otras circunstancias.

Lo mismo ocurre con nuestra posición antibolchevique y el antibolcheviquismo de Wall Street, de los clericales, de los nacionalistas. Lo mismo ocurre con nuestra posición antiimperialista y el antiimperialismo de los bolcheviques o de los nacionalistas. Es que hay una manera particular de ser antiimperialista y anticolonialista desde el anarquismo, que tiene poco o nada que ver con el antiimperialismo y el anticolonialismo de nacionalistas y bolcheviques.

3. Pensar que no se debe hablar de imperialismo y de colonialismo porque se les hace el juego a comunistas y nacionalistas, es como pretender que no se debe condenar la intervención soviética en Hungría o señalar los excesos del FLN en Argelia porque con ello se hace el juego a los reaccionarios capitalistas o a los "ultra" de la derecha francesa, respectivamente. Esos temores de "hacer el juego" están indicando un lamentable complejo de inferioridad ideológica que puede llevar a desvirtuar, eso sí y en serio, el pensamiento libertario y cualquier otro pensamiento. Por otra parte, es preciso decir que hay compañeros muy temerosos y suspicaces con respecto a "hacer el juego" a comunistas y nacionalistas, pero que no lo son tanto cuando se trata de hacer el juego al sindicalismo amarillo o al régimen liberal burgués. Ni este caso, ni el caso inverso, es el caso del Consejo de Redacción de "Reconstruir".

Llevando esos temores a sus extremos, los libertarios no podemos hablar de nada, porque siempre vamos a coincidir con alguien. Y de hecho vamos a coincidir siempre con otros en cuanto a posiciones. De lo que se trata es de aclarar nuestros motivos, cada vez y permanentemente. En caso contrario, podríamos llegar a aceptar que Proudhon fué marxista porque proclamó la lucha de clases en la Asamblea Nacional, o que Bakunin fué leninista porque en algunas cartas privadas propicia ciertas formas de organización para los revolucionarios. O que debemos cuidarnos de aparecer como anticomunistas porque Burnham escribió alguna vez que los tecnócratas directoriales debían usar como vanguardia a los anarquistas y anarcosindicalistas en su lucha contra el comunismo.

4. No intentaré contestar puntualmente cada afirmación del compañero Leval: su artículo habla de una excesiva cantidad de temas distintos. Pero hay

apreciaciones que indican errores de óptica y de información y que no pueden dejar de señalarse. Por ejemplo:

a) Leval caricaturiza al antiimperialismo al expresar que quiere explicar todos los fenómenos sociales latinoamericanos a través de la Standard Oil. No es éste nuestro caso: sabemos que casi ningún fenómeno social puede explicarse por un solo factor causal. Lo cual no significa, ciertamente, que en Latinoamérica los trusts petroleros no sean un factor, e importante, del proceso social. Es cierto que no todos los golpes de Estado se deben a la Standard Oil o a la United Fruit Co. Pero también es cierto que muchos golpes de Estado se deben a ellas.

b) Leval se equivoca, a mi juicio, al asignarle en bruto carácter positivo al capitalismo por el hecho de que sin él no se habría constituido lo que de moderno hay en la Argentina y en todos los países latinoamericanos. Es lástima que a Leval lo hayan convencido tan fácilmente los simplistas argumentos de su amigo el profesor de economía, porque hay otros elementos de juicio que los invalidan. Como ejemplo tomemos los ferrocarriles. "La construcción de ferrocarriles en las colonias y países poco desarrollados —dice un estudioso del problema, Allan Hutt— no persigue el mismo fin que en las metrópolis. Es decir, no son parte de un proceso general de industrialización. Esos ferrocarriles se emprenden simplemente para abrir esas regiones como fuentes de productos alimenticios y materias primas, tanto animales como vegetales, y no para apresurar el desarrollo social por un estímulo a las industrias locales". En la Argentina, esto es harto visible: basta echar una mirada al trazado ferroviario. Las causas de esto no son precisamente un misterio. En septiembre de 1936, oponiéndose a la Ley de Coordinación de Transportes que propiciaba el gobierno conservador, el representante socialista Alfredo Palacios señaló en el Senado argentino lo siguiente:

"Basta inclinarse un momento sobre un mapamundi para observar que de las cuatro rutas marinas con que cuenta Gran Bretaña para abastecerse: la ruta a las Indias por el Mediterráneo, la ruta a las Indias por el Cabo, la ruta a las Antillas, y la ruta al Río de la Plata, esta última es la única que no está amenazada por bases de potencias rivales ni interferida por otras zonas de influencia, y por eso Gran Bretaña quiere asegurarse la llave de esa fuente insuperable de abastecimientos que es la República Argentina, aunque para ello deba destruir todas las energías nacientes y *desintegrar las correlaciones de los diferentes intereses* en que una verdadera nación se fundamenta".

c) Siguiendo con los ferrocarriles, que son un ejemplo típico entre nosotros, ya que constituían la mayor masa de capitales británicos invertidos en la Argentina, el extinto Scalabrini Ortiz (que era nacionalista pero que sabía bastante sobre el tema), demostró fehacientemente que en nuestro país tuvieron su origen en algunos de los siguientes tipos:

Ferrocarriles construídos por el gobierno nacional y luego entregados gratuitamente a los financistas ingleses. Ejemplo: Ferrocarril Central Córdoba, sección norte. Ferrocarril Andino, luego desmembrado entre el Ferrocarril Pacífico y el Central Argentino.

Ferrocarriles construídos por las provincias y luego entregados graciosamente a los financistas ingleses. Ejemplo: Ferrocarril del Oeste.

Ferrocarriles construídos por las provincias y entregados a los tenedores de empréstitos, con grandes premios en dinero o en títulos que daban a la cesión el aspecto de un obsequio. Ejemplos: Ferrocarril de Santa Fe y Ferrocarril de Entre Ríos.

Ferrocarriles construídos por empresas inglesas con los capitales proporcionados con diversos pretextos por el gobierno argentino en condiciones y cantidades tales que las sumas entregadas superan el capital nominal que dijeron haber invertido. Ejemplos: Ferrocarril Nordeste Argentino y Ferrocarril Trasandino.

Ferrocarriles construídos por empresas inglesas con capitales proporcionados por el gobierno argentino, bajo la forma de servicio directo del interés de las acciones y obligaciones de las susodichas empresas. Ejemplo: Ferrocarril Pacífico.

Ferrocarriles ingleses construídos con aportes especiales del gobierno, suscripción oficial de acciones, inmensas concesiones de tierras, y apoyo incondicional del crédito local, que en total superaban en mucho los capitales reales requeridos para las primeras líneas elementales. Ejemplo: Ferrocarril Central Argentino.

Todos esos ferrocarriles, muy modestos en sus comienzos, fueron manipulados por Gran Bretaña hasta convertirlos en un medio de sujeción pacífica y de mantenimiento del primitivismo agropecuario. Y cuando en 1941 el Banco Central hizo un cómputo a solicitud de la Comisión Investigadora de Actividades Anti-argentinas, el capital de los ferrocarriles británicos había crecido hasta la cifra, sideral entonces, de 3.323 millones de pesos argentinos, equivalente en ese año a unos 1.500 millones de dólares. El ejemplo de los ferrocarriles es típico, porque constituye un magnífico índice de los "beneficios" aportados por el capitalismo internacional a los países subdesarrollados. Hay otros ejemplos, entre los citados por Leval, tanto o más gráficos que éste, pero es imposible referirse a todos en esta nota, aunque algunos, como el de los frigoríficos, sean verdaderamente tentadores.

d) Leval se equivoca también, y acaso por no conocer lo suficiente la historia de Latinoamérica, al sostener que nuestros países tuvieron la misma posibilidad y tiempo que los Estados Unidos para desarrollar su economía. Por de pronto, hay un problema originario: la distinta organización colonial de ambas potencias. Y además, el hecho de que Estados Unidos surgiera como nación luchando contra Gran Bretaña y de que la Argentina surgiera como nación apoyada por Gran Bretaña. En lo que se refiere concretamente al régimen colonial español, simplemente me limitaré a citar las palabras de un profesor de la Universidad de Harvard (EE. UU.): "Se estimaban las colonias principalmente como fuentes potenciales de riqueza y seguridad para la madre patria. Ofrecían mercados cerrados para las industrias y la agricultura españolas, y suministraban artículos necesarios, como algodón, tinturas y cueros, o productos tropicales, como azúcar, cacao y tabaco. Pero, sobre todo, las provincias americanas producían inmensas cantidades de metales preciosos. La Corona, por lo tanto, trató de crear para España el monopolio de todo comercio y navegación con las Indias, para acaparar la mayoría del oro y la plata de las minas americanas. Y así desarrollaron los primeros Habsburgos un sistema comercial en virtud de cuyas operaciones gran parte de la riqueza de América debía ser absorbida finalmente por España. Todo el comercio exterior de las Colonias estaba reservado a la madre patria, proveyéndolas España de cuanto necesitaban de Europa, embarcando todo en navíos españoles, y produciendo las Colonias, en general, sólo *materias primas* y *artículos que no competían* con los de España. La exportación de oro y plata a países extranjeros fué absolutamente prohibida. Esta política monopolista continuó hasta el fin del régimen colonial". (C. H. Haring: *El imperio hispánico en América*, Cap. VI). Obvio es destacar que el fin del régimen colonial se produjo recién a mediados del siglo XIX, y en algunos países (Cuba, por ejemplo) recién a principios de este siglo. Ya ve Leval si nuestros países tuvieron las mismas posi-

bilidades de Estados Unidos, que surgió como nación independiente un siglo antes (en 1776).

e) Otro error de Leval es adjudicar a las clases terratenientes de nuestros países la costumbre de no arriesgar su dinero en empresas económicas nuevas: para comprobar lo contrario, basta recorrer los nombres de los Directores y principales accionistas de las empresas industriales existentes en el país; hay entre ellos un gran número de apellidos tradicionales de nuestra oligarquía ganadera. En la Argentina es muy común, incluso, que los grupos económicos tengan simultáneamente empresas dedicadas a la industria y a las explotaciones agropecuarias. No creemos necesario dar ejemplos en esta nota, pero tenemos datos concretos al respecto.

f) Leval está tan mal informado sobre el problema latinoamericano que hasta recomienda a los argentinos el control de la natalidad, confundiendo la tasa de crecimiento demográfico de Latinoamérica en general, que es muy alta, con la de la Argentina, que es muy baja. La Dirección de Asuntos Sociales de las Naciones Unidas señala en un informe reciente que "la población de todos los países de la zona tropical y la del Paraguay se duplicará, probablemente, en los próximos treinta años, y tal vez llegue a aumentar 2 veces y media sobre la población actual. En el mismo período, la población de Chile puede aumentar en 2/3, y la de la Argentina, sólo en 1/2". La revista "Visión" (número correspondiente a la primera quincena de enero) confirma estos datos: para 1980 la población de Brasil superará los 100 millones de habitantes (ahora tiene 67 millones) mientras la de la Argentina apenas llegará a los 26 millones (ahora tiene 21 millones).

5. He tomado los puntos precedentes al solo efecto de mostrar que el compañero Leval no maneja datos correctos cuando habla del problema latinoamericano. Podría seguir haciendo lo mismo con casi todas sus afirmaciones (tasa de inversión, causas de bienestar norteamericano, comportamiento de lo que él llama "clases responsables", etc.), pero el espacio de que disponemos en "Reconstruir" es cruel.

6. No puedo referirme, en cambio, al tratamiento que hace Leval de los problemas argentinos en particular. Dice: "La Argentina se encuentra hoy frente a dos problemas tremendos". Y en dos o tres párrafos "despacha" su extraña versión del asunto. No creo que se la pueda refutar, simplemente porque es demasiado esquemática y no responde a la complejidad de un asunto que aquí es objeto de preocupaciones muy graves, de análisis muy hondos, de estudios muy exhaustivos, y sobre el cual existen informes muy completos y útiles publicados por la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), organismo dependiente de las Naciones Unidas, y de otras entidades nacionales e internacionales especializadas. Todos coinciden en que los problemas que afronta Latinoamérica son de desarrollo, y no es picoteando aquí o allí como se podrá entender el proceso de estos países.

7. Finalmente, una breve referencia a la invocación final a la Sociología que hace Leval en su artículo. Creo que tiene razón en lo que dice acerca de la utilidad de estudiarla para desarrollar un pensamiento válido. Los libertarios tenemos la suerte de no registrar ningún Marx en nuestro movimiento y, por ende, de no estar apegados a ningún dogma social. Ello nos permite tomar sin prejuicios los datos proporcionados por el estado actual de las ciencias, e investigar sin temor de heterodoxias los complejos fenómenos de la estructura y del cambio social. Pero el actual desarrollo de la Sociología exige que no se haga más filo-

sofía social, sino ciencia social. Superada ya la dicotomía que existió durante mucho tiempo entre la teoría social y la investigación empírica, es preciso que las hipótesis de trabajo tengan relación, sí, con la teoría, pero que se comprueben en la realidad. Si los datos de la realidad dicen otra cosa, es simplemente que la hipótesis no sirve. Pero para llegar a eso hay que conocer los verdaderos datos y todos los datos posibles, no hay que extraer conclusiones de datos aislados y erróneos, y —sobre todo— no hay que trabajar sólo con los datos seleccionados por su coincidencia con la hipótesis apriorísticamente formulada. Esta es la única manera de hacer Sociología en serio.

